EL CERCO DE ZAMORA
POR EL REY DON SANCHO II DE CASTILLA.
POEMA IMPRESO
POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
POR SER ENTRE LOS PRESENTADOS
EL QUE MAS SE ACERCA AL QUE GANÓ EL PREMIO.
SU AUTOR
DON FERNANDO CORRADI.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
AÑO DE 1833.
I.

Ya el claro númen, hacedor del día,
Me infunde grato su divino aliento;
Y oyendo el eco de la musa mía,
El mar se calma, y apacigua el viento:
Ya al sonido de bélica armonía
Del suelo humilde arrebatarme siento;
Ya miro absorto las tremendas puertas
Del férreo alcázar del Destino abiertas.

II.

Este inflexible dios con dura mano
Rige del vasto mundo las regiones,
Y al mover de su labio soberano
Se encumbran ó se abisman las naciones.
La ciega diosa, el destructor anciano,
Penden de sus eternas decisiones;
Y sumisa á sus pies también se advierte
Con el genio del mal la horrenda muerte.
III.

Puesta á su lado celestial matrona
Á quien adorna de victoria el manto,
Muestra en su sien de España la corona
Que un tiempo fuera de la tierra espanto:
Con alma faz la intrépida amazona
Al escuchar mi belicoso canto,
Rasga á mi vista en el hesperio suelo
De lo pasado el tenozroso velo.

IV.

¿Que voz de bronce, que pincel bastara
Á retratar el memorable llano,
En donde quiso la fortuna avara
Manchar los hechos del valor hispano?
¿Quién la perfidia, la traición mostrara
Que afló el hierro con ardor insano;
Cuando rota la paz y la concordia
Añó su frente la infernal Discordia?

V.

De su maligno aliento á los vapores
En los amenos campos de Zamora,
Se marchitan las yerbas y las flores,
Pierde el árbol los frutos que atesora:
Huyen amedrentados los pastores,
La esposa gime, la doncella llora;
Y al ver el soldados en desenfreno
El rostro oculta en el materno seno.

VI.

Como del monte asolador torrente
Horrísono despeña el curso fiero,
Tal marcha audaz la castellana gente
Cubierto el pecho de brújido acero:
Saludando del sol la luz naciente,
Los aires puebl a de clamor guerrero;
Y haciendo alarde de feroz pujanza,
Maneja diestra la nuda la lanza.

VII.

Nubes de polvo en derredor despide
Atropellando cuanto encuentra y mira;
Ya llega al son del parche, y cuanto impide
Su veloz curso bajo el hierro espira.
Ya erguido el cuello con los ojos mide
Las gruesas torres que á rendir aspira;
Mientras el sitiado con teson valiente
Mas que entregarlas perecer consiente.

VIII.

Á las orillas del undoso rio
Su inmensa fuerza el castellano bando,
Despégalo lleno de gallardo brío,
Del gran caudillo al impíroso mando:
Con varonil talante y señorío
Las numerosas filas ordenando,
Sus nobles gestas á quien nada aterra,
Genios parecen que abortó la guerra.
(4)

IX.

No ricas joyas sobre yelmos de oro
La infatigable tropa ostenta ufana;
Hirro la cubre, y mira cual desnude
Del lujo inútil la apariencia vana:
Solo es su espada su mayor tesoro,
Su lecho el suelo, no mullida lana,
Y en vez de adornos llevan por matiz
Sus graves rostros largas cicatrices.

X.

El Cid famoso con mirar sereno
Entre todos cual astro resplandece:
El firme pecho, de temor ageno,
Con ancha cota de metal guarnese:
Lleva en el casco, de labores lleno,
Azul plumage que Favonio mece;
Y por divisa en el escudo fuerte:
Buscar la gloria y despreciar la muerte.

XI.

Con duro aspecto y ademán forzudo
Un soberbio corcel Ordoñez guía;
La pica mueve y triangular escudo
Que al moro infiel arrebatado había;
Rojiza banda con graciosos nudos,
Que de sus hombros por tabalí pendía,
Sostiene el sable, que cual claro espejo
Esparece en torno lúcido reflejo.

XII.

Nuño á su lado con fulgente cota
Lidiar ansiando muestra su alborozo,
Y el cándido Noriel en quien se nota
Señal apenas de naciente bozo,
El membrudo Rodrigo que denota
Gozarse entre la sangre y el destroz;
Y ostentando sus armas y blasones
Los siguen mil invictos campeones.

XIII.

Como cercado del celeste coro
El sumo Dios que en el Olimpo truena,
Mueve las plantas sobre nubes de oro,
Bañado el rostro en majestad serena;
Tal Sancho al eco del clarín sonoro
Y entre el marcial tumulto que resuena,
En medio de sus huestes aparece,
Y á sus guerreros todos oscurece.

XIV.

En vez de sedas con primor labradas,
Al Soberano intrépido defienden
Ferreas armas de acero recamadas,
Que á los rayos del sol en luz se encienden:
Lleva el morrion con plumas sonrosadas
Que en vago tremolar los aires hienden;
Y teniendo en la lanza el brazo fijo
Alzó la voz, y á sus guerreros dijo.
(6)

XV.

Heróica prole, de la Iberia gala,
Que seguis en las lides mis pendones,
Vos que ni Marte en el valor iguala
Siendo envidia y terror de las naciones;
Aunque el veneno que la envidia exhala,
Pretendiera empañar mis intenciones,
Vos lo sabeis, legítimo derecho
Armó mi brazo y animó mi pecho.

XVI.

Mas antes que al impulso de mi saña
El pueblo altivo exterminado sea,
Antes que encienda en la asolada España
La civil guerra su terrible tea,
Y á los rigores de mortal guadaña
La flor de Iberia enecer se vee;
Haré, templando el fuego que me guía,
Sonar la voz de la clemencia mía.

XVII.

Si antes que el astro que en Oriente brilla
Ceda á la noche su celeste trono,
Dobla á mi régio cetro la rodilla,
Olvidando su audacia le perdone;
Mas si rebelde la cerviz no humilla
Vibraré el rayo de mi justo encono;
Y en lamentos trocando su esperanza,
Servirá de escarmiento mi venganza.

(7)

XVIII.

Dijo: y cual suelen con discordes sones
Zumbar las cañas que sacude el viento,
Tal oyendo de Sancho las razones
Retumba en derredor confuso acento:
Sienten el mal los cuerdos campeones,
Aplaudes el joven al guerrero intento,
Y la bastardía adulacion sumisa
Bate las palmas con servil sonrisa.

XIX.

¡Orte adulacion! monstruo velado
Que al pie del solío envilecido moras,
Proté infiel de flores adornado,
Tu ponzoñosa copa astuto doras;
Baja al profundo Averno despeñado,
Huye del universo que desdoras;
Deja que suba la verdad sincera
Á la mansion donde el poder impera.

XX.

¿Quién es la joven que angustiada miro
Alzar la vista en ademán doliente,
Y rasgando sus labios el suspiro,
El llanto empaña su beldad naciente;
Su blanco velo en caprichoso giro
Deja mover al matutino ambiente;
Y al contemplar el campo castellano
Rogar parece á su implacable hermano?


XXI.

¿Eres tú á quien formó naturaleza,
En valor Palas, en beldad Ciprina,
Prodigio de virtud y de belleza,
Que á rendir almas el amor destina;
Que ciñes de diadema la cabeza,
Y al candor unes la expresión divina?
Ella es, la augusta Reina de Zamora,
Á quien obedeciendo el pueblo adora.

XXII.

Arias la sigue que en su edad primera
La vió reír en la dorada cuna,
Y unido de Fernando á la bandera
Hizo menguar la mautitana luna;
El que las leyes de su Rey venera,
Escudo es de su gloria y su fortuna;
Y contra aquel que destronarla intenta,
Arma su brazo y su vigor ostenta.

XXIII.

Dejando en tanto el régio campamento
El Cid en embajada se adelanta,
Y con grave ademán y paso lento
Muestra en señal de paz la oliva santa:
Le ve Urraca acercarse, y al momento
Ocultando el penar que la quebranta,
En medio de su hueste y pueblo entero
Recibe firme al noble mensagero.

XXIV.

Al presentarse el Cid la vista pone
Turbado en ella, y su belleza admira,
Y tal su excelsa magestad le impone
Que trémulo al hablar su voz espira:
Teme que á la embajada no corone
Pacto conciliador: calla y suspira;
Y de recuerdos mil y afectos lleno,
Late agitado de emoción su seno.

XXV.

¡O Reina generosa! al fin exclama,
Hoy deja Sancho en tu clemente mano,
Que dando tregua al hierro y á la llama
Vuelvas la antigua paz al pueblo hispano:
Que rindas solo esta ciudad reclama
Ofreciendo otros dones; mas sí en vano
Intentas resistirle hacerle agravio,
La guerra te declara por mi labio.

XXVI.

Así dijo: y el pueblo silencioso
Irritado al oír la audaz propuesta,
La airada vista con afán ansioso
Tiene en los labios de la Reina puesta:
El tardó anciano, y joven vigoroso,
La tierna madre, la doncella honesta,
Su fallo esperan con bizarro aliento
Cercando en grupo el eminente asiento.
XXVII.
Con púdico rubor la Soberana
Que el entusiasmo general observa,
Bella como la luz de la mañana,
Siente ahuyentarse su tristeza acerba;
Pesa en su mente la demanda insana,
Y animada de un soplo de Minerva,
Vuelta hacia el pueblo que su ardor no esconde,
Tal con augusta dignidad responde.

XXVIII.
Si la diadema que mi sien corona
De la paterna voluntad herencia,
Ese hermano despótico ambiciona
Arrebatarme en su fatal demencia;
Si el hierro, si la llama no perdona
Por verme reducida á la obediencia;
Yo tengo brazos y valientes almas
Que en cipres truequen sus odiosas palmas.

XXIX.
Mas si á costa de muertes y de horrores
He de ver este trono sustentado,
Pidiéndome la esposa en sus clamores
Su muerto bien, la madre al hijo amado:
Ah! si debo entre bárbaros fúreos
Gobernar con un cetro ensangrentado;
De Sancho cedo á la ambiciosa saña,
No por flaqueza, por amor á España.

XXX.
Dijo: y Arias al punto alzó los brazos
Y así prorumpie al solio dirigido:
Jamás de usurpación los vile lazos
Podremos tolerar: ese atrevido
Hechos primero nos verá pedazos
Que doblados al yugo aborrecido;
Y antes que injusto usurpe tus derechos,
Ha de abrir paso en nuestros fieles pechos.

XXXI.
De justa indignación henchido el seno
Al eco de la voz que le provoca,
Semejante al fragor del ronco trueno
Lanza el pueblo un clamor que al cielo toca:
Y á su ardimiento no poniendo freno
Al Dios de guerra cada cual invoca,
Haciendo resonar con mano airada
En el broquel el pómulo de la espada.

XXXII.
Oye Urraca el clamor, y en la áurea silla
De viva gratitud y afecto llena,
Corre el llanto en su pálida mejilla,
Cual perlas del roció en azucena:
Escucha, dice, al héroe de Castilla,
El magnánimo estruendo que resuena;
El guerra anuncia á tu Monarca impío,
El te responde por el labio mio.
XXXIII.

Si de mi pueblo el generoso zelo
A mi intentada sumisión se opone,
Rendida cedo á tan ferviente anhelo
Honorando el riesgo á que su amor le expone:
De la inicua opresión testigo el cielo,
Que infausto triunfo á la opresión corone;
Y ya que Sancho mortandad desea,
Ardas de Palas la horrorosa tea.

XXXIV.

Dijo: y en vano combatir pudiera
El duro fallo el héroe castellano:
Guerra, guerra resuena donde quiera,
Guerra sin tregua al invasor tirano,
Guerra retumba en la celeste esfera,
Guerra pronuncia el niño y el anciano;
Y el Duero embavecido al son que aterra,
Repite en su corriente guerra, guerra.

XXXV.

No bien el eco estrepitoso llega
Al régio albergue donde Sancho mora,
Que hiera arrebataba en furia ciega
El suelo con su lanza destructora:
Al sabio aviso de razón se niega,
Eterna destrucción jura á Zamora,
Al mismo Cid frenético reprende,
Y su fe ultraja, y lealtad ofende.
(14)

XXXIX.
Saliendo empero intrepido el sitiado
De sus trincheras por oculta vía,
Ataca al enemigo descuidado
Cuando á sus muros en tropel subia:
Sancho lo mira, y con acento airado
Su castigo y destrizo á Ordoñez fia;
Mientras él vuele con el Cid, cual Marte,
Al recio asalto por la opuesta parte.

XL.
¡O Musa! inspira mi cansado aliento,
Cuenta tú del monarca la ferocidad,
Cómo en unos su acero hunde sangriento,
De otros derriba al sueo la cabeza:
Rompe, tala, destroza, en su ardimiento
Le sigue el llanto, el duelo, la tristeza;
Sangre tiñe la espada de ese Atila,
Sangre la crín de su corcel destila.

XLI.
Responde el hierro al excitante amago
Para saciar la furia que los ciega,
De hirviente sangre caudaloso lago
Las altas torres y los fosos riega:
Suenas entre horrores mortandad y estrago
La voz del triste que vencido riega;
Rotos los muros, se divisa entre ellos
Sangrientos miembros, divididos cuellos.

(XLII)
Quién las almenas con resueltos brazos
Subir ansiando rechambe estrechada;
Quién rueda desde arriba hecho pedazos
Cuando trepaba por la abierta brecha;
Quién el cuerpo infeliz con mil flechazos
Revelca en sangre que á torrentes echa;
Quién raudo enciende la tenaz muralla,
Que ardiendo humea y aironando estalla.

XLIII.
Como á impulsos de un fuego cavernoso
Allá en el Etna gigantea roca,
Temblando de su asiento poderoso
Hasta la cima que á las nubes toca,
Con crugido y estrépito espantoso
En el profundo valle se derroca;
Asi á los golpes del arínte duro
Ruedan las torres del hendido muro.

XLIV.
En vuelto de humo en hosco torbellino
El Cid temible á sus valientes guía,
Y espanto y muerte, abriendose camino,
Á cada golpe de su brazo envía:
De Arias un hijo por su mal destino
Al héroe invicto insulta y desafía;
Anhelando coger palmas de gloria,
Quitándole la vida y la victoria.
(16)

XLV.
Á disputarle el paso se adelanta
Y agudo dardo al castellano arroja,
Que en la ferrada cota se quebranta
Y apenas de su adorno la despoja;
Mas él la pica con rencor levanta,
Y como cae del arbol débil hoja;
Derruba al suelo el joven imprudente
Cárdeno el labio, sin color la frente.

XLVI.
Al verlo el padre se estremece y gime,
Lágrimas vierte en su punzante pena,
La armada mano contra el Cid esgrime,
Un grito dando que terrible suena:
Ah! con la muerte ¡ó bárbaro! redime
Acción de un bravío caballero agena;
Dijo: y vibrando en derredor la espada
Le rompe en trozos mil cota y celada.

XLVII.
Como león por el Étiope herido
De la arenosa Libia en el desierto,
Dando al vivo dolor atroz rugido
La crín enrespa de sudor cubierto,
Y al ver su sangre, en iras encendido,
Veloz se arroja al cazador experto;
Tal, ciego de furor, espada en mano,
El Cid se lanza al insultante anciano.
(18)

LII.

Como en el Etna con robusta maña
El cíclope nervudo el yunque bate,
Tal ellos hieren con pujante saña,
Y él resiste cual bronce al triple embate;
Mas sus falanges que su riesgo ensaña,
Corren gritando al desigual combate;
Crugien las armas, los clarines suenan,
Y al recio golpeá los ecos truecan.

LIII.

En tanto Ordoñez tala la llanura,
Y altivo insulta y sin piedad destroza;
Caliente sangre inunda su armadura
Y el bárbaro al mirarla se alboraza:
Abre á sus pies funesta sepultura,
Entre hollados cadáveres se goza,
Y despreciando la inconstante suerte,
Clama con voz tremenda, guerra y muerte.

LIV.

Llevados del influjo que los mueve
Se despedaza el uno y otro bando:
Hasta el hijo ¡qué horror! esconde alevé
En quien el ser le dió puñal nefando.
Ni el doliente quejido le conmueve
El hermano al hermano degollando;
Y en las aguas del Duero ensangrentadas
Ruedan pendones, cotas y celadas.

LV.

¿Dó estas ¡ó Sancho! en tan acerbo instante?
Escucha de la patria los clamores,
Óyela con gemido penetrante
Reclamar sus heróicos defensores;
Mas tú la lanza empuñas, y arrogante
Sigue la turbia vil de aduladores:
¡Tente; te pierden! ¡ay! que andaz, seguro,
Corre, rompe, destruye, escala el muro.

LVI.

Mas ya Febo en su curso apresurado
Á los senos del mar el carro guía;
Cesa el lidiar del uno y otro lado,
Mas no vencido el uno al otro había.
Solo el lamento del dolor llevado
Por el nocturno viento se extienda;
Y al rayo de la luna en faz que asombra
Vagaba aquí y allá sangriente sombra.
LVII.
Sacudiendo la noche su belén
Tiene el lóbrego manto sobre España,
Y á Sancho convidando al blando sueño
Con narcótico bálsamo le baña;
Ya poco á poco con amante empeño
La luz incierta de su vista empañá;
Y del oscuro carro do se asienta
Profética ilusión al Rey presenta.

LVIII.
Un delicioso bosque se le ofrece
Do bulle y salta arroyo cristalino,
Do la copa del álamo se mece
Al perfumado ambiente matutino:
Purpúrea flor en sus alfobras crece,
Esparrage el ruisenor canto dívino;
Y la paloma que al consorte llama,
Lleva el vuelo fugaz de rama en rama.

LIX.
Campestre fuente con murmullo leve
Música forma en torno melodiosa,
Y de las perlas que su caliz llueve
Nace el jazmin y la flamen rosa:
De azul pintada, de carmín y nieve
Vuela do quer versátil mariposa;
Y al aliento del Zafiro templado
Sonrie el cielo, y se matiza el prado.

LX.
Gozando Sancho el odoroso ambiente
Por florido sendero el paso lleva,
Y al grato albor, al ruido de la fuente,
Melancólico afan en su alma prueba:
Cuando á sus ojos huye y de repente
Se cambia el bosque en una escena nueva;
Cual si su forma mágico trocara,
El golpe oculto de encantada vara.

LXI.
Se ve al fulgor de moribundo día
Entre altos riscos solitario valle,
Donde funebres sombras espacia
De unidos olmos tenebrosa calle;
Allí de Abril la verde lozanía
La vista busca sin que nunca la halle;
Pareciendo negó naturaleza
Al suelo eliptal su esplendida belleza:

LXII.
Y al pie aparece de una gruta oscura
Que entre silvestres ramas se dilata,
Triste ermitaño en tosca vestidura
Que al cuerpo cíe ruda soga y ata:
Le baja desde el rostro á la ciitura
Espesa barba de movible plata;
Tiene puesto á su planta el cetro hispano,
Y un libro abierto en la siniestra mano.
(22)

LXIII.
Mira al Monarca, y con no ambigua seña
Le intima que acercándose le siga,
Y en el recinto de la hueca peña
Á entrar con él solícito le instiga:
Allí entre rocas un altar le enseña
Do á orar humilde en bronca voz le obliga;
Mas dejando de pronto aquella forma
En colosal gigante se transforma.

LXIV.
Y á Sancho asiendo, que resiste en vano,
Por los espacios súbito le lleva,
Ya los pies pone en un profundo llano,
Ya por las nubes rápido le eleva:
Y lleno de un esfuerzo sobrehumano,
Sin que su ardiente suplicar le mueva,
Ruido atraviesa, no dejando indicios,
Riscosos montes, hondos precipicios:

LXV.
Y en arenal cubierto de despojos
De humanos cuerpos deteniendo el vuelo,
Exclama el genio con fulminos ojos:
Contempla, ó Sancho, este sangriento sueco;
Cárdenos miembros cubren sus abrojos,
Y tu vivos impío sin rezelo:
Aqui arrancó tu mano parricida
Á Ramiro infeliz corona y vida.

(23)

LXVI.
Tiembra, se acerca el ejemplar castigo
Que el Dios de las venganzas te reserva;
Y á los abismos bajarán contigo
Tu loca audacia, tu ambicion proterva:
Desnaturado Rey, yo te maldigo,
Y oculto brazo que el temor no enerva
Tu seno ha de romper...... tiembra, enmudece,
Dijo: se abre la tierra y desparece.

LXVII.
Los ojos alza el Soberano, y yerto
Al fatídico son que profetiza,
Hielo el cuerpo de sudor cubierto,
El cabello de espanto se le eriza:
Mira á sus pies un precipicio abierta
Pienca que en él un monstruo se encarna;
Y ronco el pecho que el horror convuence,
Los turbios ojos convulsivo mueve.

LXVIII.
Salió en tanto del mar el áureo Apolo
Dando vida y calor á la pradera,
Y en rayo oblicuo iluminando el polo,
Cien veces hizo su inmortal carrera,
Sin que el invicto pueblo un punto solo
Al esfuerzo contrario se rindiera;
Mientras le cerca con puñal punzante
La aguda fiebre, el hambre devorante.
LXIX.
Aqui el anciano moribundo gira
Agoviado al dolor que le quebranta;
Pálido el hijo con horror le mira
Sin que pueda aliviar congoja tanta;
Allá la virgen lánguida suspira
Mústia cual turbía luz y ajada planta:
Y falto de vigor deja el soldado
La pica inútil y el morrion pesado.

LXX.
Yerta la madre al grito de su infante,
Del conyugal amor dulce tesoro,
Tierna lo estrecha en su regazo amante,
La mano puesta en sus cabellos de oro:
Para él la triste en eco delirante
Sustento pide con amargo llor:
Y al abrazarle con materno exceso
Muere en su labio de la angustia el beso.

LXXI.
Lo mira la Discordia, y del abismo
Los monstruos sus prosélites convoca,
La encubierta traición, el fanatismo,
El odio, la impiedad, la ambición loca;
Y desde el centro de su sólido mismo
Do arroja llamadas de la impura boca,
Les dijo así, ciñendo la diadema,
De su tremenda autoridad emblema.

LXXII.
Vosotros, habitantes del Averno,
Que unidos á los míseros mortales,
Sus pechos abrasais de un fuego interno
Origen espantoso de sus males:
Hoy que rota la paz, don del Eterno,
Huyóse á las moradas celestiales;
Debes, uniendo vuestra astucia y brio,
Cimentar en Hesperia el trono mio.

LXXIII.
Ya que Zamora mustia y vacilante
Doblar la frente al sitiador pudies,
Y risueña volver la paz triunfante
Á dar su ley á la nación íbera:
Herido caiga el despota arrogante
Que sus murallas conquistar espera;
Y causando su fin traición aleve
La guerra avive y mortandad renueve.

LXXIV.
La traición á su voz gozosa brama,
Y con sesgo mirar y torvo ceño,
Urde al momento inevitável trama
Al escuchar el execrando empeño:
Y cual sierpe que oculta en verde rama
Acecha al triste que gozara el sueño;
Tal el rostro disforme alzando astuta
Mueva el puñal, prepara la ciucta.
LXXV.
Cuando eclipsado el esplendor febréo
La oscura sombra á reposar convida,
Entregando á los brazos de Morfeo
El débil hombre que el pensar olvida;
La traición mueve el cuerpo gigantéo,
Y abandonando la infernal guarida,
Un alma busca en el sitiado muro
Do verter pueda su veneno impuro.

LXXVI.
Mira á Vellido en fin, feroz soldado,
De vil inclinacion, torpe en acciones,
Que en criminal amor alucinado
Manda cien vagabundos campeónes:
Los ojos hacia Úrraca alzando osado
Ansiara tributarle adoraciones;
Mas el respeto que virtud imprime,
Sella sus labios y su ardor reprime.

LXXVII.
En profundo letargo sumergido
En toso lecho la cerviz reclinia,
Lanzando un ¡ay! del pecho conmovido
Cual si gozara de ilusion divina:
El monstruo que le observa complacido
Por su odioso ministerio le destina;
Y apartando el vapor que le circunda,
Trueca en angélico su forma inmunda.

LXXVIII.
Demuda de su rostro la fieraza,
De azucena y carmín su tez colora,
Cubre de ebúrneo casco la cabeza,
La trasformada crín en bucles dora;
Y ostentando en gallarda gentileza
Sutil ropage del color de aurora,
Como angel del empléo descendido
Se aparece al atónito Vellido.

LXXIX.
Alza le clama ¡oh joven valeroso!
Tu pensamiento á mas sublime esfera,
Despierta de ese sueño vergonzoso
Y el decreto del hado oye y venera:
Ese amor que refrenas temeroso
Preciado premio en galardon tuviera,
Si librando la patria osado y fuerte,
Á Úrraca salvas dando á Sancho muerte.

LXXX.
Tal dijo, y en el aire un Iris traza,
Mientras que al eco que divide el viento
Como nube que el rayo despadaza,
Retumba estremecido el aposento:
Ella tres veces al guerrero abraza,
Tres veces lo emponzoñá de su aliento;
É infundiéndole en fin su esencia aleve
Se eclipsa convertida en humo leve.
LXXXI.
Silbando en tanto el austro se enfurece
Y arranca y quiebra la robusta encina;
Hirviendo el mar hasta los astros crece,
Un fuego destructor solo ilumina,
La tierra en sus cimientos se estremece,
El cielo entre relámpagos fulmina,
Y asorda, roto de la nube el seno,
El tonco son del horroroso trueno.

LXXXII.
Con fanático ardor se alzó Vallido
Al sóbrio fragor de la tormenta,
Pensando que el oráculo mentido
El mismo Dios solemnizar intenta:
El brazo al firmamento dirigido
Su vengador acero le presenta;
Y jura ardiendo en sanguinario anhelo
Obedecer las órdenes del cielo.

LXXXIII.
Mas ya la aurora con fecundo llanto
Las puertas abre del rosado oriente,
Y el pajarillo con risueño canto
Saluda en trino al astro refugente:
Ate el labriego vigoroso en tanto
Al duro arado el animal paciente;
Deja el pastor su rústico techado,
Y á pacer lleva el cándido ganado.

LXXXIV.
Al nuevo brillo del luciente día
Hacia su pueblo, en congojosa pena,
Urraca las miradas dirigía,
Bañada en lloro y de asozobros llena:
Niños y ancianos donde quier veía
Que el hambre atroz a perecer condena;
De quiera el sollozar del afligido
Rompe su corazón, hiere su oído.

LXXXV.
Cuando á sus ojos súbito aparece
Un guerrero que hablarla solicita:
El óbano sus armas oscurece,
Lleva en su rostro la impiedad inscrita;
Negro penacho que al andar se mece,
Orna su velo que al romano imita;
Humilde al suelo la rodilla pone,
Y á Urraca así con decisión propone:

LXXXVI.
Hoy que al impulso de contrarios hados
Huyó la paz y placida bonanza,
Y apenas en las torres los soldados
Sostener pueden la pesada lanza;
Que de horrores tu subditos cercados
Pierden desafectados la esperanza;
Cuando ya ensalza el sitiador su gloria,
Darte prometo el laurel de victoria.
(30)

LXXXVII.
Sí, por la cruz de esta espada juro
Que á pesar del Monarca vengativo,
Sabré librár el asediado muro
Si dulce premio en galardón recibo:
Tu agradó solo y gratitud procuró;
Por ellas venzo al castellano altivo;
Y si los logro merecer, señora,
Castigo á tu opresor, salvo á Zamora.

LXXXVIII.
Lejana Urraca del atroz delito
Que un falso velo de heroísmo zela,
Así responde, en el semblante escrito
Gozoso afecto que el placer revela:
Si con mi aprecio tu valor incito
Al fin heróico denodado vuelta;
Que sabrá dar, si tu ofrecer no es vano,
Palmas mi gratitud, premios mi mano.

LXXXIX.
Veído ufano de placer suspira,
Y á los acentos de la Reina bella
Del régio alcázar ágil se retira,
Y en presta planta las murallas huella:
Allí fingiendo que á vengarse aspira
Astuto en Arías su fúor estrella;
Vuela tras él con impetus feroz,
Y asi le ultraja en insolentes voces.

(31)

XC.
Cobarde anciano que con lengua implía
Mi hidalga sangre calumniar osaste,
Premio tendrá tu indigna villanía
Sin que ni el trono ni el altar te baste:
Con tus consejos y falso porfa
Nuestro sepulcro y deshonor labraste;
Tú que con mengua dominar pretendes,
A Urraca engañas, á Zamora vendes.

XCI.
Con fuerte impulso y vigorosa diestra
El noble anciano á la imprevista injuria,
Desnudo el hierro á su adversario muestra
Para saciar la suscitada furia:
Conmigo sal, le grita, á la palestra
Do libre al mundo de tu raza espíritu;
Mas al brillar de su temido acero
Huye volando el agresor artero.

XCII.
Sin que el anciano su intención presuma,
Fingiendo huir de la enemiga espada,
Su corcel punza, que cual leve pluma
La crín cerdosa al aire levantada,
Bañando el freno de rabiosa espuma
Salva la antigua puerta mal guardada;
Y el dueño astuto que su impulso rige
Al castellano campo le dirige.
(32)

XCIll.

Allí el Monarca en ademan saliendo
Temblaba al ver la heroica resistencia
Del leal pueblo que rendir no pudo
Ni el hierro ni la misera dolencia:
Cuando rota la lanza, sin escudo,
Se muestra cual por mágia á su presencia,
Alto guerrero con andar incierto
De polvo y sangre y de sudor cubierto.

XCIV.

Y puesto al pie del Soberano adusto
Con voz turbada trémulo le dice:
Yo soy Vellido á quien con suero injusto
Arias persigue, y la ciudad maldice;
Que implorar osa tu favor augusto
Contra el odio mortal; que huyó infelice
Por persuadir á la sitiada gente
Doblará á Sancho la indomable frente.

XCV.

Y si á mi zelo y vengador encono
Fias prudente el logro de tu empeño,
Secreta via descubrir te abono
Que del pueblo te hará triunfante dueño;
Y antes que deje el sol su exceso trono
Postrada humilde temblará á tu ceño:
Que si miento divida con manceilla
Mi infiel garganta la mortal cuchilla.

(33)

XCVI.

Dijo: y el Rey en crédula alegría
Cegado incauto de funesta venda,
En el aleve su esperanza fia,
Y ansiando ver la misteriosa senda,
Sigue al infame con tenaz porfia
Solo y sin armas...... ¡Oh traicion horrenda!
¡Tente! no al fraude tu valor sucumba:
¡Mira á tus pies inevitable tumba!

XCVII.

¡Tente!.... Mas ah! que al fallo del Destino
Alzando el brazo con feroz cautela,
Á Sancho arroja el perfido asesino
Venablo agudo que silbando vuelta:
Rompe de su coraza el hierro fino
Rasga su corazon, sus ojos vela;
Al suelo cay... y resonó en el viento
De un ¡ay! postrero el lamentable acento.

XCVIII.

¿Huyes traidor?..... La fulminante lanza
Del Cid airado pavoroso evita.
Al negro crimen eco de venganza
Oigo ya resonar..... Ordoñez grita
Guerra, y al punto intrépido se lanza
Retando al pueblo invicto; Arias excita
Sus hijos en defensa el patrio suelo
Con voz robusta y denodado zelo.
(34)

XCIX.

Sangre tiñe el palenque... Mas cual luce
En negras nubes con gallardo viso
El Iris bienhechor que el sol produce;
Tal Alfonso aparece..... ya diviso
Que el ramo de oro de la paz conduce:
Libre es Zamora ya..... Mas de improviso
La madre España en misterioso anhelo,
Corre de lo pasado el denso velo.
De don José Ayesta y Masarría.